

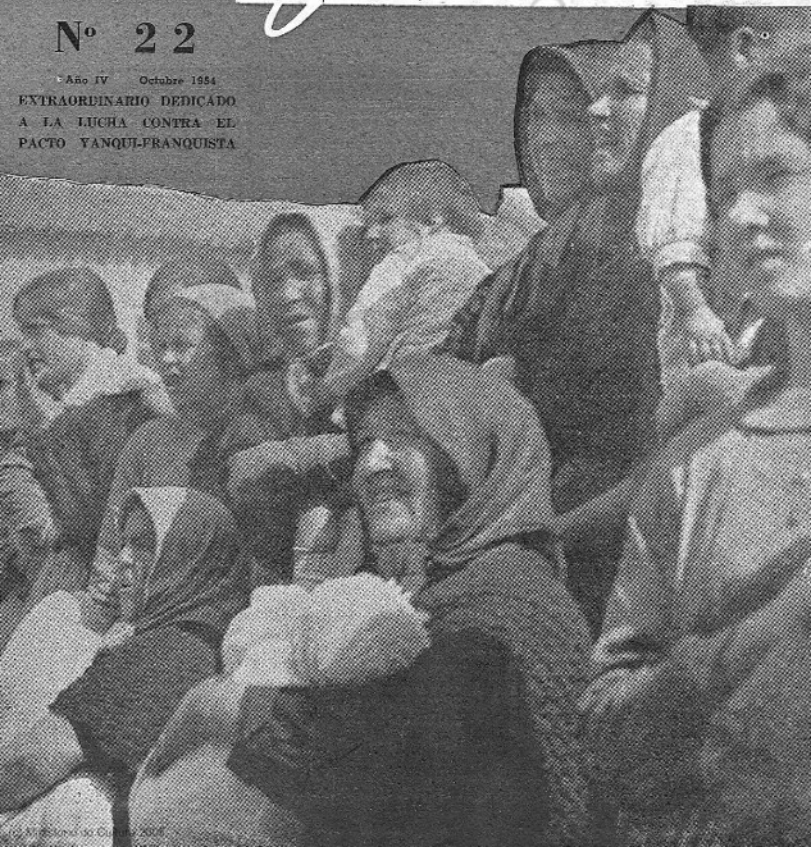
Mujeres

ESPAÑOLAS

Nº 22

Año IV Octubre 1984

EXTRAORDINARIO DEDICADO
A LA LUCHA CONTRA EL
PACTO YANQUI-FRANQUISTA





La escultora LUISA ROLDÁN

Por Manuela BALLESTER

Para mejor describir a Luisa Roldán, la escultora española del siglo XVII habría que hacer un poco de historia de su tiempo y del ambiente en que se desarrolló, pero ni el espacio ni los medios con que contamos nos van a permitir en la ocasión presente, hacer un profundo análisis de su obra. Por otra parte, no sé si podrá ser del todo objetiva al presentarla ante vosotras, amigas lectoras. Muy pocos datos reales hay a mi alcance. Sé (en cualquier diccionario está asentado), que fué hija y discípula de Pedro Roldán, uno de entre tantos imagineros españoles, maestros en ese maravilloso arte realista español; que nació en Sevilla, en el año 1656, que murió en el de 1704, que fué escultora de Cámara de Carlos II y que legó a la posteridad numerosas esculturas religiosas muy celebradas.

En cuanto a lo que pueda ser mi aportación a vuestro conocimiento, como ya he dicho, no sé si podrá ser muy objetiva. La figura de Luisa Roldán vive en mi mente desde los años de la adolescencia, como viven esos seres reales o fabulosos, con los que, por el ejemplo de su heroísmo, belleza o bondad, procuraban nuestros mayores inculcar en nosotros esas virtudes, con las que querían prepararnos para triunfos en la vida.

Era mi padre escultor, también imaginero; en mi concepto digno descendiente de aquellos maestros que eran para él fuente de ejemplo e inspiración. Recuerdo que me hacía ver, exaltado, el profundo realismo de aquellas obras de arte que debiendo representar la imagen de la Virgen, de Jesús o de los santos, eran tan humanas que jamás ostentaron los elementos sobrenaturales que deberían ser muestra de la divinidad. Estas imágenes, creadas por ellos, emergían como seres de carne y hueso, a los que se podía ver a través de la maravillosa representación de sus gestos fi-

sicos y psíquicos como seres humanos reales, vivificados por los mismos pecados y virtudes con que nos adornamos los mortales.

Una de las más caras aspiraciones de mi padre, quizás por reflejo de aquel afortunado Pedro Roldán, padre de Luisa, era que alguna de sus hijas aprendiésemos su oficio.

Fuí yo, por no sé qué para mis oscuras razones, quien fué matriculada en la Escuela de Bellas Artes de Valencia. En aquellos tiempos, los últimos años de la monarquía en España, la muchacha estudiante era mal mirada en general, pero particularmente lo era la estudiante de las Escuelas de Bellas Artes, pues estas escuelas eran terreno vedado a las mujeres. Recuerdo las burlas groseras de los bedeles, las puyas hirientes con que los mismos maestros trataban de desanimarnos, y en el mejor de los casos, la indiferencia de los compañeros.

Con la llegada de la República las cosas cambiaron mucho, pero lo de antes era verdaderamente bochornoso. Eramos entonces muy pocas estudiantes y recuerdo que, a veces, llegaba a casa llena de congoja y, a escondidas en mi cuarto, soltaba la espita de mis lágrimas de despecho y coraje.

Es de entonces, cuando recuerdo que mi padre me hablaba del ejemplo de Luisa Roldán. Me la presentaba como una heroína combatiendo denodadamente, dentro del estrecho círculo de los prejuicios y normas por las que debían regirse las jóvenes de su tiempo. Si estos tiempos están en contra de vosotras, decía mi padre, piensa que sería entonces, cuando el pensar era pecado en la mujer. Resiste y lucha como ella debió resistir y luchar, me aconsejaba, hasta imponer su derecho.

Yo veía a Luisa Roldán, a través de las palabras de mi padre, estudiando fervientemente, avara de conocer todos los secretos del arte del cual su pa-



Dibujo de Elvira Gascón.

dre era maestro, consciente de que solamente por la maestría y sentimiento que inculcaba a sus obras, sentaría los principios del respeto a que sabía que tenía derecho. Es Luisa Roldán, la Roldana, como se la llama, la primera y quizá la única mujer en su tiempo que alcanzó que se valorara su personalidad por algo que no tenía relación con las gracias propias de su sexo, camino que era el único no vedado a las mujeres.

Por lo que respecta al arte de Luisa Roldán, aquí encontraremos dos muestras, no las mejores, de su fuerte personalidad. Por la lejanía de la madre Española no nos ha sido posible conseguir otras muestras más valiosas, que conocemos y que quisiéramos poder mostraros. Sin embargo, ved en éstas como ese realismo humanista, de que antes os hablaba, cualidad primordial de nuestros grandes artistas, también es sustancia en ellas, aunque dulcificado por una llama de ternura maternal como de creación más emotiva y directa. Ved ese nacimiento en el cual todas las figuras están pendientes del niño, envolviéndolo en un halo de cariño, y cómo a su vez el conjunto de las figuras está también envuelto por ese sentimiento amoroso, tan femenino, de protección.

En la figurita del niño Jesús ¡no véis un lindo morenito de esos que suelen correr por las calles?, y está así como asombrado de verse sobre el trono de querubines, en donde la artista lo ha colocado para darle categoría de niño Dios. Pero aun así el lindito morenito no es más que el vivo retrato de alguno de carne y hueso posiblemente nacido de su propio seno, amado por ella y adorado por las sencillas gentes que en ese símbolo veían una promesa de vida, de amor y de paz.

